

TRES ENCUENTROS CERCANOS CON SOROSA

Antonio Bernal González

La mayor locura es creer que algo es cierto porque se desea que sea así.

Louis Pasteur

Lo que un hombre quiere que sea cierto, es lo que más apasionadamente cree.

Francis Bacon

Preliminar

A finales de la década de 1980, inquieto por el auge que habían tomado las supuestas apariciones de platillos voladores procedentes, según se decía, del espacio extraterrestre, me dediqué a estudiar el fenómeno con una perspectiva crítica, pero involucrándome en él para conocer de cerca sus entresijos. Como resultado de mis estudios, escribí un extenso documento al que llamé “Los extraterrestres de la Tierra” y el escrito que aquí presento es el tercer capítulo de la segunda parte. En él describo el suceso que me permitió infiltrarme dentro de ese mundo ilusorio y conocer que está compuesto por personas ingenuas que creen sin comprobar y por embaucadores tan persuasivos, que están convencidos de la verdad de sus propias mentiras.

Esta es, pues, la historia de Sorosa, el extraterrestre al que nunca vi, pero del que estuve tan cerca, que me llamaba siempre por el mote que él mismo se inventó.

Aparece el médium

La primera vez que tuve contacto con el médium fue el martes 23 de septiembre de 1986 a las 7 de la noche, en la sede de la Sociedad de Arquitectos e Ingenieros de Medellín. Yo acababa de dar una conferencia sobre el tema de la vida extraterrestre y, después de respondidas algunas preguntas del público, él se me acercó. Era un hombre joven, pausado y tranquilo; mostraba una sonrisa muy tenue, que en él parecía ser permanente y hablada en un tono muy bajo, como si no quisiera ser escuchado por nadie más que por mí. Me hizo una pregunta que, en ese momento, me pareció totalmente desconectada del tema de la conferencia.

—¿Me podría decir que es “Trífida”?

Le expliqué que se trataba de una nebulosa que se podía ver en el cielo y que parecía dividida en tres partes por unas manchas de material oscuro, de donde derivaba su nombre. Entonces me dijo:

—Es que tuve una experiencia muy extraña con relación a ella y me gustaría contársela.

—Adelante, le respondí lacónicamente.

–No quisiera que fuera aquí, dijo. Tendríamos que vernos otro día, con más tiempo.

Luego de concertar una cita para el día siguiente en un centro comercial de la ciudad, nos reunimos con otros de los asistentes a la conferencia y uno de ellos nos invitó a que tomáramos algo en el bar. Nos sentamos con otras personas que también habían escuchado mi charla y mientras tomábamos un aguardiente, uno de los presentes, Alberto Granados, explicó algo acerca de las facultades parasicológicas del ser humano, de la transmisión del pensamiento a distancia y de sus propias experiencias como hipnotista y parasicólogo. Contó también su relación con el médium, su amistad de varios años nacida de un vínculo laboral, y cómo entre ellos dos habían realizado algunos experimentos de hipnotismo. Consistían éstos en que el médium entraba en trance, invocaba a una persona al azar, muerta o viva, conocida o desconocida y podía conocer sus secretos, sus necesidades, sus intenciones y los males que la aquejaban. Por ese medio, según sus propias palabras, habían realizado prodigios sin precedentes, como la cura de un niño enfermo que se encontraba en Miami mientras ellos hacían pases medicinales desde Medellín.

Al leer la incredulidad en las caras de los presentes, Alberto hizo una demostración en vivo de sus alcances. Le ordenó al médium que cerrara los ojos y, en un instante, después de hacer dos o tres pases mágicos a lo ancho y largo de su rostro, dijo que estaba hipnotizado. Nadie se lo creyó. Entonces pidió a dos de los presentes que intentaran soliviarle y notaran su peso extraordinario. De nuevo indiferencia. Ochenta kilos son un buen peso para un hombre, hipnotizado o despierto. Entonces hizo una demostración más contundente; solicitó que se arañara la piel del hombre adormecido, hasta sacarle sangre. Este no se inmutó. Por fin, y para confirmar sus poderes mesméricos, consiguió una aguja, la empapó en aguardiente como medida aséptica y me pidió que traspasara la piel del brazo del paciente. Estaba como muerto. La punzada no hizo mover un solo músculo en aquel cuerpo flácido.

Por un momento pensé en el hipnotizado como una en una persona dotada de poderes extraordinarios, pero mi creencia se desvaneció cuando él quiso hipnotizarme también a mí, siguiendo el mismo procedimiento. A través de mis párpados cerrados percibí la sombra de sus pases y luego escuché como decía a los asistentes: “ya está hipnotizado”. Me reí para mis adentros y por un momento pensé en abrir los ojos para dar por terminado el show, pero decidí permanecer quieto y seguir siendo su cómplice, a menos que intentara coserme como al médium. Luego contó algunos de sus logros como taumaturgo, y su plática fue una fortuna para él, pues embolató la curiosidad de los asistentes por lo que no necesitó hacer demostraciones conmigo, escapando así de que lo hubiera dejado en vergüenza delante de sus amigos. En el momento adecuado, después de escuchar las frases de rigor, hice que volvía de mi fingida catalepsia y, ajeno a los veinte ojos que me miraban como a un ser venido de otro mundo me reintegré a la conversación. Entonces pensé que acababa de comprobar lo que he creído desde que el mago Chandú creyó hipnotizarme cuando era un niño: que algunas personas pueden ser hipnotizadas fácilmente y por cualquier persona y otras simplemente siguen el juego en una especie de complicidad con el hipnotista. También pensé en el médium, y en nuestra cita del día siguiente.

La historia de Sorosa

Los dos fuimos puntuales en la cita. Él comenzó su historia narrando dos experiencias acontecidas días antes, cuando estaba en compañía de Carlos Segovia, un buen amigo suyo a quien yo había conocido durante la sesión de la noche anterior y a quien él no dejaba de elogiar como a un ser extraordinario. Porque Carlos, además de amable y jovial, es un hombre inquieto y profundamente espiritual, que ha llegado a tal punto en sus estudios esotéricos, que muchos aseguran que puede levitar durante sus largas sesiones de meditación. Pero no lo hace a la manera de los santos de la Iglesia que se levantan varios metros sobre el piso cuando nadie los observa, sino que se viste su túnica blanca se sienta como un yogui y da saltitos que lo elevan del piso unos centímetros.

La primera experiencia entre el médium y Segovia fue en el oriente de Antioquia. Estando en una reunión familiar, el médium se paró entre los presentes, caminó unos pasos hacia el campo abierto, levantó los brazos como un iluminado, fijó la vista en el vacío y repitió con tono de poseso ante los asistentes aterrorizados: “los veo...los veo...los veo...”

Pero ¿Qué ves? Le interrogaban amedrentados los acompañantes. Mas el temor, ya casi pánico, se aceleraba al escuchar la respuesta y no ver lo que él veía: “los veo...los veo...los veo...” Cuando regresó de su trance explicó su visión. Los extraterrestres habían llegado en un Ovni y él los había podido ver de forma patente, a unos metros de distancia; no hablaron ni se movieron. Partieron hacia el mismo vacío de donde habían aparecido.

Carlos fue quien más se inquietó con la visita. Impresionado con las facultades de quien habría de convertirse en médium, lo invitó a que participara en unos experimentos que estaba realizando con pirámides. Según sus más recientes estudios, éstas aumentaban la energía síquica por lo que él las estaba usando como catalizador en sus meditaciones, así que, con toda lógica, pensó que se podrían utilizar también para atraer la atención de los extraterrestres.

Unos días después, el médium de caló en la cabeza, a modo de sombrero, tres pirámides de cartulina, primero la verde, encima la roja y por último la amarilla. Entonces tuvo un nuevo contacto, esta vez con un solo extraterrestre que no solamente se dejó ver de cerca, sino que habló en voz alta, para que Carlos también lo escuchara. Si. Porque para romper la barrera impuesta por la ignorancia total del idioma extraterrestre, tanto del médium como de Carlos, el visitante ponía las palabras en la boca del médium y éste las iba repitiendo una a una, en español, con un dejo electrónico en su voz y con un volumen suficiente para que no quedara duda del mensaje que transmitía. Dijo que se llamaba Sorosa y que venía desde Trífida; dio el nombre de su sol y de su planeta, así como de las lunas que éste poseía; aseguró que él era el protector de Carlos y que cada persona en la Tierra tiene su protector extraterrestre. Ordenó que se construyera una pirámide en la que el médium pudiera entrar y dio algunas instrucciones acerca de la forma de obtener el contacto. Luego les prometió que volvería cuando estuviera lista la pirámide.

Desde ese día Carlos ya no durmió tranquilo. Inmediatamente empezó el diseño de la nueva pirámide que debería tener por lo menos uno y medio metros de altura para que pudiera caber adentro una persona sentada. Según sus estudios teóricos y algunas instrucciones extras que había dado Sorosa, era necesario hacerla con cinco capas de materiales que fueran alternando

entre orgánicos e inorgánicos, había que pintar cada cara de un color distinto, su orientación tenía que ser exactamente en el sentido norte-sur, con la cara amarilla mirando hacia el norte y, por supuesto, las proporciones tenían que ser las de la pirámide de Keops. Pensó en instalarla en su apartamento, sin reparar que tenía que apartar los muebles de la sala para poder acomodar un aparato más grande que todos ellos juntos, y resolvió el problema de subirla hasta un segundo piso y entrarla por la angosta puerta de un apartamento moderno, contratando a un carpintero para que la construyera allá mismo, en el sitio de operación.

Después de narrar sus historias, el médium me invitó a la casa de Carlos para que observara la pirámide en construcción. Aunque el apartamento quedaba a pocos pasos del centro comercial donde nos encontrábamos, preferí esperar hasta el día en que estuviera terminada para verla en pleno funcionamiento.

Primer encuentro

Unos días después de mis conversaciones con el médium, fue la inauguración oficial de la Pirámide. Las primeras reuniones se hicieron en privado, Carlos con su familia, el médium, y uno que otro amigo invitado especialmente como testigo. Tres o cuatro semanas después, llegó mi turno. Recibí la llamada de Carlos para contarme que Sorosa venía todos los sábados de noche, que estaba haciendo anuncios de gran importancia para la humanidad entera y que él, Carlos, quería que yo estuviera presente esa semana.

La sesión empezaba cuando se completaban las siete personas ordenadas expresamente por el extraterrestre, contando a los invitados y a los dueños de la casa. Los asistentes se sentaban alrededor de lo que era el comedor sin mesa, unos en taburetes y los otros sobre cojines en el suelo, y el anfitrión daba comienzo a la reunión. Primero hacía una presentación de cada uno de los presentes y, con su sonrisa siempre quieta a pesar de las palabras, explicaba la razón por la que había sido invitado. Enseguida, y para aquellos que asistían por primera vez, contaba la historia de la aparición de Sorosa, aclaraba que era su propio protector extraterrestre y que cada uno de los presentes tenía también un ángel de la guarda que lo vigilaba desde algún lugar en el espacio, y del que Sorosa podía revelar el nombre al que lo solicitara. Luego, para corroborar el carácter extraordinario de lo que iba a acontecer, contaba algunos sucesos acaecidos en uno de los contactos anteriores, como el día que Sorosa reveló que un amigo de la casa iba a ser secuestrado, pero que podía ser salvado si todos los presentes entraban en meditación. (Demostrando un espíritu altruista, todos unieron sus esfuerzos síquicos y salvaron del crimen a una víctima inocente que jamás se enteró del peligro en que estuvo sumida). Por último, daba instrucciones precisas sobre el comportamiento que se debía tener para no estropear la visita del extraterrestre, sino más bien aumentar las probabilidades de contacto por medio de la integración de las energías de todos.

Terminada la sesión preparatoria, aparecía el médium que, mientras tanto, se había mantenido en una de las piezas de la casa preparándose para el contacto. Saludaba muy quedo, dando la impresión de que sabía de antemano quiénes eran los invitados. Entraba en la pirámide sin más preámbulos, vestido con un pijama para estar más cómodo, armado de una pequeña grabadora para registrar la voz que hablaba por su conducto y, eso sí, después de relajarse plenamente con

la ayuda de dos tragos de aguardiente. Aparte de este acto frívolo pero excusable en la única persona que podía traer noticias de otros mundos, todo era seriedad con mucho de misterio dentro de la casa. Se cerraba la puerta de la pirámide, se apagaban las luces y todos los presentes iniciaban una meditación larga y callada, interrumpida a veces por las fiestas vecinas del sábado en la noche y por un murmullo apenas perceptible, procedente de la pirámide, señal de que Sorosa estaba hablando.

Después de un tiempo más o menos largo, se sentían tres golpecitos que indicaban fin del contacto: Sorosa se había retirado. El médium salía con su grabadora en la mano y la papada llena de satisfacción, y todos los presentes hacían corro alrededor del equipo de sonido para escuchar la grabación.

La voz era del médium, pero no el tono. En visitas posteriores que hicieron otros extraterrestres, se pudo ver la impronta de cada uno, plasmada en el tono de la voz. Mientras unos hablaban con voz de falsete, la de Sorosa se distinguía porque era grave, tanto que parecía como si el médium se viera precisado a bajar la barbilla para fingirla.

El gentil extraterrestre dedicaba unos minutos de su contacto a cada uno de los presentes; lo saludaba por su nombre, acompañado de algún apelativo con el que lo distinguiría de ese día en adelante: el Gran Antonio, el Buen Carlos, Ángela Increyente; le daba un consejo para triunfar en los próximos días; lo prevenía contra algún peligro inminente o le revelaba el nombre de su protector, si el interesado lo había solicitado antes de iniciarse el contacto. “Los saludos a Ángela Increyente; vidas son vidas, cuida tu vida, Ángela, habrá quien te cuide en Tiam, Tiam te cuidará...” y así, iba repasando uno por uno, con frases enigmáticas que todos procuraban anotar cuidadosamente para su estudio y traducción posteriores. Algunas veces respondía preguntas que se formulaban al médium antes de encerrarse en la pirámide, con la condición de que no fueran más de dos por cada uno de los asistentes. Cada uno esperaba con ansiedad conocer el nombre de su protector, saber por anticipado el resultado de un negocio o simplemente, conocer más acerca del mundo de donde venía el propio extraterrestre.

Cuando me correspondió formular mis preguntas, fui exagerado con Sorosa; me atreví a pedir explicación de sus viajes, desde tan lejos, al parecer contradiciendo leyes de la física que prohíben viajar más velozmente que la luz. La respuesta habría hecho callar al propio Einstein. “Las leyes en el universo son más simples que tus leyes simples. Sal de tu actitud, elévate, sal a las leyes existentes en el universo, Gran Antonio”. Fue una salida olímpica que no explicaba nada ni daba pie a debate alguno, porque para evitarlo, astutamente me hizo la promesa de presentarse en persona ante mi vista, claro, en una fecha que no se podía determinar pues “...no es posible dar las fechas en tus fechas. Me presentaré a tus ojos sin tus impresiones, sin los terrores lastimosos de tu mundo”.

Debo confesar que, a pesar de mi decepción por la respuesta, y de mi absoluto escepticismo por la promesa de Sorosa, aquel día quedé impresionado con lo que viví en la casa de Carlos. Ya fuera que se tratara de un montaje teatral o de una realidad desconocida hasta entonces para mí, no pude dejar de pensar en esa vivencia y deseé fervientemente que se me invitara de nuevo a repetirla.

Segundo encuentro

Cuando asistí por segunda vez a un contacto con Sorosa, todo había cambiado. Cada asistente tenía que pagar una suma de dinero, no obstante que iba allá, no por su propia petición, sino por una invitación expresa de los anfitriones. Ahora la reunión era todo un ritual; se quemaba una barrita de incienso; cada uno se untaba en la frente un poco de tierra que se guardaba en la pirámide durante toda la semana para que se cargara de energía; y finalmente la señora de la casa abría la pirámide, sacaba de ella un balde, y con un cucharón iban llenando un vaso para cada uno de los presentes. ¡Era agua de pirámide! Había estado allí desde el último sábado y ahora cumplía su propósito en la ablución de los futuros contactados.

Aun se conservaba la costumbre de actualizar a los presentes acerca de Sorosa: cómo había surgido y cuáles eran sus más recientes revelaciones. También se contaban anécdotas de encuentros anteriores con los que se quería demostrar qué tan real era Sorosa, y se llamaba la atención acerca de la importancia de las personas que habían visitado la pirámide en los encuentros más recientes: el doctor tal, el concejal fulano, la hermana de un ministro. En la velada de ese día se contó como en una venida reciente del trifidiano, el médium había salido embadurnado con la tierra que se guardaba en la pirámide. Cuando lo interrogaron acerca de lo sucedido dejó ver un rostro de total sorpresa, se miró en un espejo y dijo no haber sentido nada mientras estaba en trance. Como era de esperarse, comprobó su inocencia mostrando las manos a todos los asistentes: estaban limpias.

Aquel día no ocurrió nada diferente a lo acontecido el día de mi primer encuentro con Sorosa. Mi impresión no fue tan fuerte como la de aquella vez, pero me quedé pensativo, pues no sabía en que creer: o en que el médium estudiaba cuidadosamente las grabaciones de sesiones anteriores, o en que había un espíritu que hablaba por su conducto. Porque habían pasado ya varios meses desde la primera vez, y desde entonces se habían presentado ante Sorosa más de medio centenar de personas a quienes daba invariablemente un calificativo. A pesar de la confusión que se debe armar cuando se trata con tanta gente y en visitas tan especiales, a quienes repetimos aquel día, el extraterrestre nos llamó con el mismo apelativo con el que nos había distinguido en la visita anterior. Ese detalle me dio algo en que pensar para motivarme a asistir a una sesión más de ejercicios extraterrestres.

Tercer encuentro

Unos meses después, fue mi tercer encuentro cercano con Sorosa. A esas alturas llevaba casi un año viniendo dos o tres veces cada sábado sin falta, lo que totalizaba más de cien contactos. Por orden expresa del extraterrestre se había subido a diez el número de invitados, y por decisión de los terrestres se había duplicado la tarifa. Esta vez, notificaron la profecía reciente de Sorosa de que en el mundo se desataría una gran guerra que acabaría con todo lo existente y de la que solamente se salvarían algunos escogidos. Las instrucciones de salvamento se darían, por supuesto, en la pirámide y serían únicamente para aquellos que estuvieran vinculados con los contactos. No me dejé doblegar por tan atractiva promesa, sino que tuvo más fuerza en mi la aversión que tengo por los profetas apocalípticos. Este sentimiento nace del convencimiento de que ellos juegan el papel más fácil en la sociedad: por un lado, anuncian sucesos que vendrán

sin necesidad de profetas (siempre habrá guerras, las personas se enferman, los amigos y los parientes mueren), y por otro, tienen una gran influencia ante una sociedad a la que alimentan su morbosidad psicológica sin que ella pueda demostrar a corto plazo la falsedad de las predicciones.

Fue por ello que, a pesar de las invitaciones persistentes del médium y de Carlos, y no obstante el llamado del propio extraterrestre que quería que yo estuviera presente en una velada especial con veintiocho personas, a un precio especial, no volví a la pirámide.

La muerte de un extraterrestre

Casi un año después a principios de marzo de 1988 yo me había olvidado por completo del médium y de su pirámide, del extraterrestre y de sus profecías, de que yo era el Gran Antonio y que el día menos pensado se me aparecería Sorosa en persona. Pero una mañana recibí una llamada de Carlos que quería hacerme una consulta y una invitación. Sorosa había continuado con sus anuncios de los desastres y esta vez había pronosticado para noche del 2 al 3 de abril próximos, unas inundaciones en el Chocó y una oleada de Ovnis que serían vistos en muchas partes del mundo, entre ellas en el valle de Rionegro, cerca de donde yo vivía. Me llamaba pues para invitarme a que me integrara a un grupo de observación del fenómeno y a consultarme cuál era la mejor técnica para fotografiar un Ovni. Me disculpé por no poder estar en el grupo ya que ese era precisamente el día de mi cumpleaños y mis hijas querían hacerme una fiesta familiar, y le confesé mi ignorancia acerca de la fotografía de los Ovnis. Sin embargo, le aconsejé que, ya que se trataba de fotografía nocturna, comprara el rollo más sensible que vendieran en el mercado.

El 27 de marzo de 1988 apareció en el periódico El Colombiano, de Medellín, un aviso pagado, a doble columna.

FENOMENO OVNI

HABRÁ ESPECTACULAR AFLUENCIA DE OVNIS SOBRE EL CIELO DE MEDELLIN Y MUNICIPIOS CERCANOS EL 2 Y EL 3 DE ABRIL PRÓXIMOS. ESPECIALMENTE EN LA MADRUGADA DEL DOMINGO (3-4 A.M.)

Luego hacía una invitación para que las personas “con firme convicción”, investigaran el firmamento durante esos días ya que era una excelente oportunidad para obtener evidencias fotográficas y filmicas. Por último, daba una dirección en la que se podrían solicitar mayores informes sobre el origen de la noticia, y recomendaciones específicas para el avistamiento. En la dirección anotada se entregaba a cada interesado una hoja con información muy completa, pero sin mencionar para nada a Sorosa. Se anunciaba para el 12 de abril, una conferencia titulada “Por qué los Ovnis nos visitan”; se instruía acerca de cómo fotografiar Ovnis; se hacía una lista de los sitios donde sería visible el fenómeno: los Andes, Canadá, Alaska, los Alpes, los Apeninos, los Urales y los Himalayas; para terminar, se daban algunas instrucciones suministradas

directamente desde Trífida, entre ellas la de que “El fenómeno será visto por sólo el 3% de los observadores, aquellos que tengan fe en él”.

Pese al axioma de Perogrullo de que los fenómenos naturales que sean vistos por una persona, pueden serlo también por otra cualquiera que tenga unos ojos sanos y mire para el sitio adecuado en el momento adecuado, sea él incrédulo o creyente, y a pesar de la displicencia del anunciante que descartó de plano al 97% de los observadores, los alrededores de Medellín se llenaron de trasnochadores ansiosos por ver el espectáculo de los platillos voladores. Aún hasta el retiro lejano de mi casa llegaron amigos, y amigos de amigos, con el ánimo de que permaneciéramos vigilantes a la espera de los Ovnis. Pero mi familia y yo los distrajimos con el cuento de mi fiesta de cumpleaños y se mantuvieron tan entretenidos, que cuando menos acordaron, ya era muy tarde para buscar a los que no habrían de venir.

A la mañana siguiente algunos de ellos salieron muy disgustados conmigo por no haber apoyado sus intenciones de tener encuentros cercanos con extraterrestres, pero estoy seguro de que dieron gracias por mi actitud, no bien supieron la verdad de lo que ocurrió. Porque Sorosa se equivocó hasta en los detalles que se hubieran cumplido aún sin necesidad de profeta que los anunciara. No obstante que el Chocó es una de las zonas más húmedas del mundo y que el mes de abril es uno de los más lluviosos del año, las inundaciones no se presentaron. Pero tampoco la noche fue despejada, como él lo había anunciado, ni se vieron Ovnis ni ningún otro fenómeno aéreo que se hubiese podido confundir con platillos voladores.

No hubo explicaciones. Decenas de amigos de Carlos, temerosos del ridículo público, se retiraron discretamente de su pirámide y de su extraterrestre. Aquel fue el fin de los contactos, del agua de pirámide, de la conferencia del 12 de abril y de las presentaciones del médium en sociedad. Año y medio después de su venida al mundo y cumplidas casi ciento cincuenta visitas de anuncios y profecías, Sorosa murió, tras su primer intento de presentación en público.

Para Sherlock Holmes

Después de tan triste muerte de Sorosa, muchas veces me he preguntado: ¿Quién engaña a quién? Por un lado, esta Carlos, de cuya buena fe no he dudado un solo instante. El sacrificó la decoración de su apartamento, invirtió tiempo y energías en el proyecto y hasta llegó a comprar una costosa piedra preciosa que, según su protector extraterrestre ayudaría en la curación de su hijo enfermo.

Por otra parte, está el médium, la única persona que pudo haber planeado todo maliciosamente y sin pacto con nadie, ni siquiera con el mismo Carlos. Porque si se analizan los hechos detenidamente él pudo ser autor y actor de una comedia, cada una de cuyas escenas puede tener una explicación trivial. Pero cuando lo recuerdo en la sede la sociedad de Ingenieros y Arquitectos, con la cabeza un poco inclinada hacia adelante, los ojos cerrados y la piel traspasada por una aguja, no puedo pensar que un hombre con esa postura de Ecce Homo hubiera de engañar a miles de personas durante más de un año; sería un actor digno de Hollywood. ¿Cómo interpretar entonces el affaire Sorosa? Si nadie engaña a nadie, entonces debe tratarse de un caso de lo que el Premio Nobel Irving Langmuir llamaba “ciencia patológica” o la “ciencia de las cosas que son tales”. Su característica principal es que no hay deshonestidad entre los

protagonistas, sino que éstos arriban a falsos resultados, arrastrados por efectos subjetivos. Y su convencimiento llega a tal punto, que ni los fracasos más rotundos logran sacarlos de su error.

Para sorpresa del lector, fue lo que ocurrió con Sorosa: resucitó de entre sus cenizas. Casi dos años después de su desaparición, cuando ya este escrito estaba por concluirse, llamé a Carlos para saludarlo y para saber qué había de sus actividades extraterrestres. Dijo que después del desengaño de aquel 3 de abril, habían abandonado las conversaciones con el trifidiano, pero que posteriormente habían querido invocarlo para que les diera una explicación acerca de lo ocurrido (debería decir mejor de lo no ocurrido). “Y Sorosa es tan especial, concluyó mi interlocutor, que a pesar de que él no tiene porqué darnos explicaciones a nosotros, nos las dio. Entre otras cosas, nos dijo que las inundaciones que estaban anunciadas para el Chocó, las había pasado para la Argentina”.

Me quedé atónito al escuchar esa obra maestra de la ingenuidad humana. En mi interior se desató un conflicto demoledor pues, a pesar de lo escuchado, yo no quería destruir la imagen que tenía de las personas con quienes viví las experiencias de la pirámide. Entonces decidí cargar con todo lo inexplicado a uno de los protagonistas, al único que jamás se dejó ver ni saludar frente a frente: al mismo Sorosa. Desde ese día prometí olvidarme de la ciencia patológica y demás explicaciones racionales, y pensar en adelante que Sorosa y todos los extraterrestres de Trífida son unos mamagallistas de siete suelas.